



Gloriándonos en la Cruz de Cristo

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado por George Müller en la Capilla Bethesda, Great George Street, Bristol, la noche del domingo 14 de marzo de 1897.

“Pero no permita Dios que me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo es para mí crucificado, y yo para el mundo” (Gálatas 6:14)

Este versículo fue escrito por el apóstol Pablo en contraposición a los falsos maestros, quienes se gloriaron, se jactaron y se regocijaron en las observancias externas, las formas y ceremonias externas, y en todas las designaciones mosaicas que estaban destinadas solo por un tiempo, hasta que llegó el Salvador de los pecadores, nuestro Señor Jesús. Ahora, en contraposición a estos falsos maestros, el Apóstol escribe: “Pero Dios no permita”; eso significa “esté lejos de ser”. Ese es siempre el significado cuando encontramos esta frase, ya sea en el Antiguo o en el Nuevo Testamento. “Pero lejos sea que me gloríe” – que yo, el apóstol Pablo, me gloríe, me jacte, me regocije en esto, como lo hicieron aquellos falsos maestros – “lejos esté que me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Se gloriaba en la cruz del Señor Jesucristo, se jactaba, se regocijaba.

Ahora lo primero que tenemos que preguntarnos es: ¿Qué significa la cruz de Cristo? No las ceremonias de los papistas, al santificarse, ese no es el significado de eso; ni llevar como adorno una cruz; ni llevar una gran construcción que represente la cruz de la que el Señor Jesucristo colgó y fue ejecutado; tampoco significa esa cruz en la que Él expiró, fue colgado, y Sus manos y pies perforados con grandes clavos, porque si fuera posible que pudiéramos tener esa cruz tan idéntica, no valdría ni un centavo; no podría hacer ningún bien. Las reliquias se vendieron en la época papista, y las supuestas reliquias de esta cruz muy idéntica de la que colgaba el Señor Jesucristo se han vendido por grandes sumas de dinero. Pero todo fue inútil. Si se pudiera obtener la totalidad de la cruz idéntica en la que el Señor Jesucristo fue condenado a muerte, de nada serviría en cuanto a la salvación del alma; de nada serviría, ni siquiera un solo ápice de beneficio espiritual se derivaría de ella; no valdría ni un solo céntimo en lo que respecta al valor real en referencia al beneficio espiritual.

Ahora bien, ¿qué debemos entender por la cruz de Cristo? Pues lo siguiente. ¡La bendición obtenida a través de la mediación de lo que nuestro precioso Señor Jesucristo logró mientras estaba colgado en la cruz, derramando Su sangre para la salvación de nuestras almas! ¡Esto es lo que tenemos que entender por la cruz de Cristo! Ahora nada de en lo que estos falsos maestros se enorgullecen, de lo que se jactan, es de la más mínima importancia y provecho espiritual; pero lo que nuestro Señor Jesucristo logró mientras estaba colgado en la cruz, derramando su sangre para la remisión de nuestros pecados, haciendo expiación por nosotros, librándonos de la maldición de la ley, ¡esto es de sumo valor! ¡Oh, qué precioso! ¡Esto es lo que tenemos que tener ante nosotros especialmente! Cuando el Señor Jesucristo colgó de la cruz, ¡fue para hacer expiación por nuestros

pecados! ¡Era para que Él pudiera soportar el castigo debido a todos los que pusieron su confianza en Él! Fue para librarnos de la maldición de la ley, porque así se convirtió en maldición por nosotros, porque está escrito en los libros de Moisés que “el que es colgado de un madero”, es decir, ser condenado a muerte por malhechor en un árbol, “es maldito de Dios”. Y fue el Señor Jesucristo, dejándose así dignamente a ser ejecutado por hombres inicuos en el madero, en la cruz, que nos libró de la maldición de la ley.

¡Todo pecador en su estado natural es un transgresor ante Dios! Todos, mientras no sean creyentes en el Señor Jesucristo, están bajo la maldición de Dios, de día y de noche, ya sea en casa o de viaje, ya sea en la tierra o en el mar, ya sea comiendo o ayunando, ya sea en el trabajo o en el descanso, todo el tiempo que no sea un creyente en el Señor Jesucristo, ¡está bajo la maldición de Dios! Cada bocado que pone en su boca, lo pone allí como quien es maldito por Dios; cada gota de agua que toma, la toma como alguien que está bajo la maldición de Dios. ¡Y dondequiera que esté, en cualquier estado corporal, en cualquier ocupación que tenga, está bajo maldición, siempre que no sea un creyente en el Señor Jesucristo!

¡Oh, recuerda esto! ¡Y en este estado debemos permanecer hasta que seamos creyentes en el Señor Jesús, porque no tenemos ninguna justicia propia por la cual podamos encomendarnos a Dios! ¡No hay justicia propia que nos libere de esta maldición bajo la cual estamos por naturaleza! Una condición terrible en la que se encuentra toda persona inconversa, y es simplemente porque no ven que tienen un poco de quietud mental; que no estén locos es simplemente porque ignoran la condición en la que se encuentran. ¡Oh, la solemnidad del pensamiento! ¿Puede ser demasiado pesado, demasiado considerado, demasiado meditado para deshacerse de él?

Entonces, nuevamente, a través de la cruz del Señor Jesús no somos simplemente liberados de la maldición; a través de lo que el Señor Jesucristo tomó dignamente sobre Sí mismo para librarnos del estado en el que estamos por naturaleza, no somos simplemente librados, sino de todo el estado de servidumbre y esclavitud del pecado en el que todos estamos como inconversos. La libertad espiritual solo la recibimos, y solo podemos recibirla, poniendo nuestra confianza en el Señor Jesús, comprendiendo el poder de la Sangre de Cristo, derramada por Él cuando hizo expiación por nuestros pecados, ¡colgando del madero maldito! ¡Oh, la solemnidad de esto! Tratamos de mejorararnos en nuestra condición natural, tratamos de dejar de lado esa cosa y esta otra, que vemos que es contraria a la mente de Dios. Podemos tener en nuestra condición natural suficiente luz para ver que no podemos permanecer en la condición en la que estamos; y luego, por este motivo, tratamos de hacernos mejores, pero no podemos librarnos de la esclavitud y servidumbre del pecado hasta que somos llevados a creer en Cristo.

Oh, recuerdo a veces cuando era joven, siendo educado desde mis primeros días para ser clérigo, y sin embargo descuidado, imprudente, despreocupado por las cosas de Dios, no leyendo nunca las Escrituras, pasando por toda la locura y frivolidad de este presente mundo malo, preocupándose solo por comer y beber, ropa nueva e ir al teatro, al salón de baile, a la mesa de juego y al billar. Todas estas cosas eran lo único que me importaba, no Dios y Su preciosa Palabra. En estas circunstancias, sin embargo, dos veces al año, la Cena del Señor se tomaba como una cosa formal, una costumbre; y dos veces en

esos momentos juré con el pan de la ordenanza en la boca que me convertiría en un hombre diferente, porque tenía luz suficiente para ver que no serviría de nada seguir de esta manera descuidada, frecuentando habitualmente el teatro, y el salón de baile, la mesa de juego y la sala de billar. No sería bueno convertirse en clérigo en tales circunstancias. Por lo tanto, juré solemnemente dos veces en estas ocasiones que me volvería diferente. Al día siguiente fue igual que antes.

¿Cómo era esto? No porque no hubiera una medida de sinceridad. Vi la locura en cierto sentido de seguir así, pero estaba muerto en delitos y pecados. No tenía vida espiritual en mí mismo. No fui regenerado. Por lo tanto, era una víctima pronta del diablo; él podía guiarme e inducirme como quisiera, y pedirme que hiciera esto, aquello y otra cosa, y yo estaba lo suficientemente listo para hacerlo por razón de la mente natural y carnal. Pero en el momento en que comprendí el poder de la Sangre de Cristo, me volví completamente diferente. Una noche, en una pequeña reunión de oración, vi, de repente, por la gracia de Dios, que yo era un pecador y que Cristo era un salvador para los pecadores, y habiendo entrado en la casa donde se llevó a cabo la pequeña reunión como alguien que estaba lo más lejos posible de Dios, salí siendo un cristiano feliz.

Esa noche me encontré tumbado en mi cama en paz, un pecador perdonado, y sin que un solo ser humano tuviera una conversación conmigo sobre el tema. Le dije de inmediato a mi Padre Celestial: “Mi Padre Celestial, ya no voy a ir al teatro, ya no voy a ir al salón de baile, ya no me encontrarán en la mesa de juego ni en la sala de billar; conozco algo mucho mejor que esto; me has hecho un feliz hijo Tuyo; ahora busco vivir para ti, glorificarte”. Esto sin haber conversado con un solo individuo bajo el cielo. El Espíritu Santo me instruyó de inmediato que le dijera esto a mi Padre Celestial. Me convertí ahora en un hombre espiritualmente libre. Antes, fui esclavo del pecado durante 20 años y cinco semanas. Ahora, siendo un creyente en Cristo, regenerado, nacido de nuevo, un hijo de Dios, todo terminó, y desde ese momento, el 1 de noviembre de 1825, hace ahora 71 años, toda mi vida ha sido diferente.

Ahora, ved que el juramento que le hice a Dios se redujo a nada, simplemente porque no nací de nuevo; no era un creyente en Cristo. Había dependido de mis propias fuerzas para hacerme diferente, y todo resultó en nada; pero cuando vine a Cristo, fui hecho creyente en el Señor Jesucristo, me convertí en un hombre espiritualmente libre, y obtuve así, por medio de la fe en Cristo, poder sobre el pecado, porque ahora tenía vida espiritual, y estaba constreñido por amor y gratitud al precioso Señor Jesucristo a vivir una vida completamente diferente a la que había tenido antes. Ahora, entonces, esto trae ante nosotros que debemos gloriarnos en la cruz de Cristo, que debemos hacer nuestro gloriarnos en la cruz de Cristo, para que nos regocijemos en lo que el Señor Jesucristo hizo por los pecadores mientras estaba colgado en la cruz, porque hizo expiación por sus pecados, y así obtuvo para ellos que llegaran a ser hombres espiritualmente libres. Mediante la fe en Él son regenerados, obtienen vida espiritual y así quedan libres del pecado.

Procuremos ahora particularmente adentrarnos en esto, que debemos gloriarnos en la cruz de Cristo, jactarnos en ella. No tenemos bondad propia, ningún mérito propio, ninguna justicia propia; nuestras buenas acciones y obras se comparan con trapos de

inmundicia en las Escrituras; hay pecado relacionado con todas ellas; por tanto, en nuestra propia bondad, mérito, dignidad y justicia no podemos jactarnos. Pero en lo que el Señor Jesucristo ha hecho por los pobres pecadores, y está haciendo por los pobres pecadores, podemos gloriarnos y jactarnos, porque se vuelve nuestro por la fe en el Señor Jesucristo.

En primer lugar, toda la gloria pertenece a Dios, ni la menor partícula de gloria nos pertenece a nosotros; lo que somos y lo que tenemos, lo tenemos todo en y por medio de nuestro Señor Jesucristo; no tenemos nada en nosotros mismos. El Señor Jesucristo, a través de lo que ha logrado, nos ha dado vida espiritual. Nosotros, que estábamos muertos en delitos y pecados, hemos obtenido por la fe en Él la vida espiritual. Y permitidme decirlos con afecto a todos los que aún no sois creyentes en el Señor Jesucristo, que estáis muertos en delitos y pecados. “No tenéis vida espiritual en vosotros mismos, no podéis tener vida espiritual en vosotros mismos hasta que seáis creyentes en el Señor Jesucristo; y por lo tanto, estando muertos en delitos y pecados, no podéis mejoraros a vosotros mismos, porque estáis muertos, y así como un hombre muerto no puede mejorarse a sí mismos, tampoco podéis mejoraros a vosotros mismos mientras no seáis creyentes en Cristo”. Por tanto, pedidle a Dios que os muestre que sois pecadores, para que lo reconozcáis ante Dios en oración; y luego, cuando lo hayas reconocido ante Dios, pídele que te ayude a poner tu confianza en el Señor Jesucristo para salvación, porque así obtendrás vida espiritual, naciendo de nuevo.

Mediante esta fe en el Señor Jesucristo obtenemos el perdón de nuestros pecados; cada una de nuestras innumerables transgresiones es perdonada, inmediatamente perdonada, cuando creemos en el Señor Jesucristo. No podemos trabajar de ninguna manera para obtener este perdón por nuestras propias acciones, por nuestro propio trabajo. Es a través de Jesús, habiendo hecho expiación por nuestros pecados, que obtenemos el perdón; es por el hecho de que Jesús, tomando nuestro lugar, cumplió la ley de Dios, los mandamientos de Dios, que nosotros, poniendo nuestra confianza en Él, somos considerados justos. Porque naturalmente somos injustos, somos pecadores y grandes pecadores a los ojos de Dios. Pero el creyente en Cristo es perdonado, y cada una de sus innumerables transgresiones es perdonada; ¡No queda ni un solo pecado por castigar, sino que todo están perdonados! Ahora bien, ¿no es esto una bendición indescriptible? ¡Procura entrar en ella! ¡Es esto lo que me hace un hombre tan feliz!

Sé que aunque he sido culpable de miles y decenas de miles de pecados, en acción, palabra, pensamiento, sentimiento, deseo, propósito, inclinación, cada uno de estos miles y decenas de miles de pecados son perdonados, y ni un solo pecado permanece contra mí. De modo que puedo mirar a la cara a mi Padre Celestial sin pavor y sin miedo; lo seguiré hasta el final de mi peregrinaje terrenal, ya sea por la muerte o el regreso del Señor Jesucristo, y observo todo esto sin una pizca de pavor o temor, porque, como creyente en Cristo, todas mis innumerables transgresiones son perdonadas. Soy regenerado por la fe en Cristo, y así me he convertido en un hijo de Dios, y el Señor Jesucristo es mi Hermano mayor. ¡Soy heredero de Dios y coheredero con Cristo! ¡Oh, cuán preciosas son todas estas cosas!

¡Y de ahora en adelante, en lo que respecta al mundo para mí, mi perspectiva es que tendré un cuerpo glorificado y seré perfectamente como el Señor Jesucristo mientras

estuvo aquí en la tierra! ¡Oh, qué preciosas son estas perspectivas! En cuerpo como el Señor Jesús después de Su resurrección, en espíritu, en alma, como Él, cuando lo veo como Él es. ¡Perfectamente santo! ¡Oh, qué precioso es esto! Y así continuará por toda la eternidad, mil años después de otros. ¡Indeciblemente feliz en la presencia de Dios! ¡Mil años después de otros, participando de los “ríos de placer a la diestra de Dios”! ¡No pocos tragos de placer! Note la figura. Los “ríos de placer”. ¡Los ríos de placer para llevar ante el pobre pecador que confía en Cristo lo que le espera. ¡Cuán indescriptiblemente bendita es la perspectiva de la eternidad!

Oh, si nos adentráramos en ella, todos vendrían de inmediato al Señor Jesús; pero debido a que estas cosas se consideran simplemente como frenesí religioso y no como realidades, se tratan con indiferencia y descuido, y se postergan por un tiempo; y las personas se dicen a sí mismas: “De ahora en adelante puedo pensar un poco más en ello, pero ahora disfrutaré del mundo”. Y así, día tras día, y semana tras semanas, estas benditas y gloriosas realidades son puestas a un lado, hasta que de repente, un día llega al fin y el pecador se encuentra en un estado desprevenido. ¡Oh, si solo se adentrara en esto! ¡Mil años tras otro, un millón de años tras otro, y todos estos goces en la presencia del Señor, la participación de los “ríos de placer”, de deleites si fin! ¡Oh, si esto se tomara en serio, las personas se preocuparían por sus almas!

Ahora la última oración de nuestro pasaje. “Lejos esté de mí que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Vemos los resultados de esto en lo que sigue: “Por quien el mundo es crucificado para mí y yo para el mundo”. Al participar en lo que el Señor Jesucristo ha hecho por nosotros, el resultado es este. Primero, el corazón está lleno de amor y gratitud a Dios por el regalo de Jesús, y al precioso Jesús por entregarse en nuestro lugar. Luego, somos regenerados, nos convertimos en hijos de Dios, obtenemos vida espiritual, vida celestial, nos convertimos en uno con Cristo, y así estamos llenos de amor y gratitud al precioso Jesús por lo que logró en nuestro lugar. Y el resultado de esto es, en esta vida, que en espíritu estamos separados del mundo, ya no podemos seguir su caminos, sus hábitos, sus máximas, tal como dije que fue el resultado en mi propio caso. La primera noche que me llevaron a Cristo, abandoné el teatro, el salón de baile, la mesa de juego, la mesa de billar y todos los hábitos mundanos en los que había estado durante año tras año; y mi corazón anhelaba vivir una vida completamente diferente. Así, en espíritu, separados del mundo, completamente separados; ¿y cuál fue el resultado de esto? El mundo se separó también de mí.

Recuerdo muy bien a mis compañeros de estudios. Yo estaba en la universidad en ese momento, donde había 1200 jóvenes, y sabían lo buen camarada que había sido en todos sus caminos, hábitos y máximas, y se reían de mí, me señalaban con el dedo. “¡Ahí va el tonto! ¡Ahí va el loco! ¡Ahí va el entusiasta!”. Eso es lo que dijeron. Yo, en corazón y espíritu, separado del mundo; y ellos, a causa de mis caminos piadosos, se separaron de mí. Así sucede en todas partes con los verdaderos hijos de Dios. Ya no pueden continuar como solían hacerlo, y el mundo ya no los considerará como uno con ellos mismos. Se separan del mundo y el mundo se separa de ellos. Ya no se preocupan por las cosas del mundo; el mundo ya no se preocupa por ellos, como tampoco les importaría un malhechor crucificado colgado en la cruz. Este es el resultado en ambos lados donde realmente está Cristo en el corazón. La separación del mundo llega donde realmente está Cristo en el

corazón, en la vida y en el comportamiento. El mundo no se preocupa por eso; el mundo le da la espalda entonces. Es un tonto, un entusasta, un loco, un fanático, y el mundo no tendrá nada que ver con él.

Ahora, una palabra más. ¿Qué pasa con nosotros, que somos discípulos profesos del Señor Jesús? ¿Realmente hemos salido de entre el mundo? ¿Estamos realmente caminando separados del mundo? ¿Está el mundo crucificado para nosotros, es decir, no lo valoramos más que un malhechor colgado en la cruz? Y, por otro lado, ¿es nuestra vida y comportamiento de ese carácter que el mundo nos ha dado la espalda simplemente porque nosotros le hemos dado la espalda al mundo? ¿Al mundo no le importamos más de lo que le importaría un malhechor colgado en la cruz? Ese es el significado, “el mundo es para nosotros crucificado y nosotros somos crucificados para el mundo”. Ahora busquemos saber más y más en la meditación secreta cuán indescriptiblemente precioso es ser un creyente en Cristo. Busquemos ser hallados cada vez más en secreto, meditando en lo que el Señor Jesucristo ha hecho en nuestro lugar, para que nuestros corazones se llenen cada vez más de gratitud y amor al Único Precioso; y en particular, que nuestra alma esté segura de que no podemos salvarnos a nosotros mismos, que ninguna bondad nuestra puede llevarnos al cielo. Nuestra propia bondad solo puede llevarnos al infierno, no al cielo. Porque tenemos que reconocer que toda nuestra bondad es, a los ojos de Dios, como trapos de inmundicia, es decir, nuestra propia justicia. Pero si confiamos en Cristo, somos librados de la maldición. Nacemos de nuevo, como hombres espiritualmente libres, tenemos poder ante Dios; y poder sobre el pecado mediante la fe en Cristo. Que Dios nos conceda esta bendición.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org